

Cuando la meta está al comienzo

Por Íñigo Pirfano

Director de Orquesta, Coro y Ópera en Austria, Alemania, Polonia y España, compositor, conferencista y escritor

Aunque la música es un arte que consiste en su devenir temporal, posee tanta unidad como las artes que se dan a *simultaneo* —a la vez, mediante un solo golpe de vista—, como la pintura, la escultura o la fotografía. Y esto sucede porque el fluir de la música no es un discurrir caótico y sin rumbo. De algún modo, en el comienzo de una pieza musical —sea una sinfonía de Haydn o una canción de los Beatles— ya está *presente* su final. El discurso musical se desarrolla con arreglo a unas normas lógicas y estrictas que garantizan su

buena marcha. El hecho de que se tenga que adaptar a estas leyes básicas del contrapunto y la armonía, no sólo no reduce un ápice su originalidad, sino que la posibilita y favorece. Sucede como con esos magníficos recorridos contruidos con fichas de dominó, en los que la primera ficha empuja a la segunda, ésta a la tercera y así sucesivamente hasta que todas van quedando tumbadas, originando una especie de movimiento coreográfico que fluye natural y espontáneo.

Esta característica, que pertenece a la naturaleza de la música, también tendría que darse en la vida de los seres humanos. Cuando el final está presente en el comienzo, entonces el flujo vital se desarrolla con arreglo a las leyes que garantizan su correcto devenir. Sin

embargo, sabemos que muchas veces no es así. La libertad de que gozamos los hombres nos lleva en no pocas ocasiones a tomar decisiones que nos apartan del camino que debíamos y deseábamos seguir. En la mayoría de los casos en que las personas reconocemos habernos equivocado, ni siquiera sabemos explicar bien por qué lo hemos hecho.

« Hay veces en que realizamos acciones incomprensibles, y no nos esforzamos por entender el porqué. Preferimos pensar que somos así, y que no podemos cambiar. »

Cuando la meta está al comienzo

Se atribuye a Esopo una fábula que narra cómo un escorpión le pide a una rana que le ayude a cruzar un lago. Aunque en un primer momento la rana se niega porque sabe que los escorpiones son venenosos, termina accediendo. Se fía de la promesa del escorpión, que le hace ver que no le puede picar porque, en caso de hacerlo, morirían los dos. Cuando van por la mitad del lago, el escorpión pica a la rana con fuerza y comienzan a hundirse. La rana no comprende la reacción del escorpión y le pregunta por qué ha hecho semejante cosa. A punto de morir, el escorpión le contesta: «No lo sé, ranita; es mi naturaleza».

Pienso que esto es más o menos lo que nos sucede a los seres humanos con mucha frecuencia. Hay veces en que realizamos acciones incomprensibles, y no nos esforzamos por entender el porqué. Preferimos pensar que somos así, y que no podemos cambiar. Llegamos a creer erróneamente que no somos capaces de vencer la atracción de algo que, de algún modo, responde a nuestra naturaleza. Sencillamente interpretamos que, en determinados casos, la libertad consiste en abandonar el recorrido que tenemos trazado, porque aparecen otras alternativas que se nos antojan más atractivas y apasionantes; o porque —por cobardía, comodidad o negligencia— no nos consideramos capaces de mantenernos firmes en los cauces de lo que consideramos correcto. La consecuencia es que, de no rectificar, la primera ficha de dominó jamás tirará a la última.

La enfermera australiana Bronnie Ware ha publicado recientemente un controvertido libro titulado *Los cinco arrepentimientos de los moribundos*. En él cuenta cómo su experiencia al pie de las camas de miles de pacientes a los que ha acompañado en los últimos mo-

mentos de vida, le ha dado razones para cambiar de rumbo y afrontar la existencia de una manera distinta. La conciencia de saber que sólo disponemos de una única vida —la real, la de ahora mismo— ha de llevarnos a vivirla con plenitud, a sacarle el máximo partido. La cuestión que define en qué consiste este aprovechamiento de los días —el *carpe diem, carpe horam* de Horacio—, es el océano en el que muchas existencias naufragan, por carecer de un proyecto o un referente.

Conviene detenerse brevemente en los comentarios que con más frecuencia se repiten en esos pacientes terminales de que habla la enfermera, porque pueden proporcionarnos algunas pistas interesantes.

La primera expresión de arrepentimiento suele ser la siguiente: «Ojalá hubiera tenido el coraje de hacer lo que realmente quería hacer, y no lo que otros esperaban que hiciera». En un momento determinado de la vida, algunas personas detectan que sus existencias se mueven por unos estrechos y rígidos raíles que les han sido más o menos impuestos. Sin embargo, muchas veces les falta el aplomo, la valentía o la fuerza para escapar de ellos y tomar las propias riendas. Es la imagen del inseguro, del que experimenta una fuerte dependencia del concepto que los demás tienen de él. Normalmente esto le lleva a no destacarse, a buscar el beneplácito general, a preferir el pertenecer a un montón, en el que se siente más seguro. Su actitud se suele describir como el «miedo a volar». Semejante comportamiento termina normalmente en la frustración. La persona que nunca ha sido audaz experimenta al final de su vida la amargura propia de la falta de autorrealización. «¿Qué he hecho con mi vida?» suele ser la pregunta que más fustiga sus conciencias. Otra

de las quejas que señala la enfermera Ware —muy relacionada con la anterior— es la siguiente: «Nunca pude o quise expresar mis sentimientos». Por ese miedo al «qué dirán», muchas personas se instalan en una existencia plana, chata, mediocre. No llegan a convertirse en quienes verdaderamente son, ni a dar todo lo que llevan dentro. El fruto de semejante árbol es casi siempre la incomunicación y el aislamiento.

« La primera expresión de arrepentimiento suele ser la siguiente: “Ojalá hubiera tenido el coraje de hacer lo que realmente quería hacer, y no lo que otros esperaban que hiciera”. »

El tercero de los arrepentimientos —que experimentamos a diario en nosotros mismos y en cuantos nos rodean, por lo que conviene detenerse a pensar y tomar cartas en el asunto— es consecuencia de la perniciosa estructura que atenaza a las sociedades modernas. «Ojalá no hubiera trabajado tanto», dicen, cuando ya es demasiado tarde. La autora añade que estos pacientes suelen quejarse inútilmente de que se han perdido lo mejor de sus vidas: la infancia de sus hijos y la compañía de sus esposas o maridos. ¿De qué sirve —podemos pensar— la trayectoria profesional más exitosa, si no está sustentada en un proyecto de vida igualmente exitoso y satisfactorio?

Por último, casi todos los pacientes terminales se quejan de «no haber tenido más contacto con los amigos», de no haberles dedicado más tiempo y cariño; y en general de «no haber sido más felices».

Cuando la meta está al comienzo

Como explica Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, la felicidad es el bien supremo al que toda persona y toda acción tienden por naturaleza. Aquello que el hombre busca por encima de todo lo demás. La tensión entre este apasionado deseo de felicidad inscrito en el corazón humano y la dificultad por alcanzarlo, hace que muchos y muchas consuman sus vidas en un estado de permanente insatisfacción y desasosiego.

« Por ese miedo al “qué dirán”, muchas personas se instalan en una existencia plana, chata, mediocre. No llegan a convertirse en quienes verdaderamente son, ni a dar todo lo que llevan dentro. »

A lo largo de la vida, nunca vamos a poder escapar del aguijón de la prueba y la incertidumbre. Es muy bueno ser conscientes de esto, para poder asumirlas de la manera adecuada; sin dejar que tomen un protagonismo que no les corresponde. Además, las inseguridades –como las crisis– no son necesariamente malas. No constituyen únicamente ocasiones de error y de fracaso; también lo son de éxito, si sabemos abordarlas bien y crecernos ante ellas. Las incertidumbres han de combatirse con la seguridad que da el saber que estamos haciendo lo que en conciencia debemos. Por eso, para llevar una vida plena o lograda es muy importante no confundir el éxito –personal o profesional– con el reconocimiento social. Hay personas que pueden ser muy exitosas –una enfermera, un administrativo, una madre– y perfectamente desconocidas. No son noticia,

ni engrosan las listas de las *celebrities*, pero pueden llevar una existencia plena y feliz. Todo depende del *talante* que adopten en su propia vida.

Para el desarrollo profesional y personal, es imprescindible marcarse objetivos, metas, conquistas. Tener siempre un listón bien alto que nos marque el nivel de autoexigencia. Esto es fundamental en el camino de la autorrealización: nos empuja a crecer, a mejorar, a dar cada día mejores resultados. Pero, a la vez, no hay que perder de vista que lo más importante, lo más valioso, es lo que *ya* tenemos: la vida, la familia, los amigos, los proyectos y los sueños. Y también las dificultades, porque contamos con la fuerza y la ayuda para vencerlas. Cuando una persona cae en la cuenta de que lo único verdaderamente importante que tiene entre manos es su propio proyecto de vida, entonces la vida lograda no consiste en crecer hacia *arriba*, sino hacia *adentro*. Esa persona está en condiciones de que su vida alcance alturas insospechadas, como un árbol dotado de poderosas y profundas raíces.

Y al revés. Quien se afana únicamente en cultivar su propio prestigio, en prosperar a cualquier precio, en subir cada vez más alto –dejando por el camino familia, amigos, principios–, su proyecto se verá tarde o temprano abocado al fracaso más estrepitoso. Aunque goce del reconocimiento y la admiración generales, nada de lo que haya obtenido le llenará. No conseguirá apartar de sus papilas el amargo sabor de la insatisfacción.

En los primeros años de andadura profesional –sobre todo cuando se desarrolla una labor profesional con un importante grado de reconocimiento social, como le sucede a un director de orquesta– es muy fre-

cuenta que uno quede deslumbrado ante el panorama de posibilidades que ante él se abre. Desde esa perspectiva, casi todo se mide exclusivamente en términos de *rendimiento*. Así, los éxitos –y los fracasos, que nunca faltan– adquieren unas resonancias que pueden llegar a invadir la práctica totalidad de la existencia. La propia familia, las relaciones sociales, el debido descanso mediante el cultivo de las propias aficiones –todo aquello que hace la vida más amable y la dota de profundidad– pueden quedar eclipsados y sometidos servilmente a la tiranía de la propia autorrealización a toda costa. Las consecuencias de todo esto las estamos viendo y sufriendo a diario: *egos* descontrolados, personas desquiciadas, familias deshechas, proyectos frustrados, infelicidad, susceptibilidades, sospechas, insatisfacción...

« Para el desarrollo profesional y personal, es imprescindible marcarse objetivos, metas, conquistas. Tener siempre un listón bien alto que nos marque el nivel de autoexigencia. Esto es fundamental en el camino de la autorrealización. »

Por el contrario, cuando una persona emprende la fascinante carrera de la vida con la convicción de que, de algún modo, ya ha alcanzado la meta –de que el final está presente en el comienzo, como sucede en la música–, la carrera deja de ser un campo de autoafirmación cercenador de todo lo mejor que hay en el mundo, y se convierte en un ejercicio gozoso y apasionante. Por supuesto, no exento de peligros y dificul-

Cuando la meta está al comienzo

tades; pero esas pruebas, como veíamos, no sólo no tienen por qué abatirnos, sino que nos pueden hacer mejores. Descubrimos entonces el enorme atractivo que tienen el esfuerzo y la superación personales. Lo propio del hombre no es esquivar los obstáculos, sino dominarlos. Una vez leí un libro de antropología filosófica que definía al hombre como «el único animal capaz de solucionar problemas». Y me gustó, porque así es.

En cierta ocasión, Karajan contaba cómo su hija quería abandonar la práctica del piano al encontrarse con un pasaje de difícil ejecución. Él aprovechó la situación para advertirle muy seriamente: «Mira, ésta es una actitud verdaderamente importante para tu vida: si algo se vuelve dificultoso, o lo solucionas de veras, o no lo has solucionado en absoluto. Fíjate en los gatos. Cuando un gato quiere saltar a un muro, se toma su

tiempo para hacerlo; pero, una vez que lo ha calculado, lo consigue y no se cae». Y añadía: «Así, tras una hora de práctica, mi hija sabía cómo girar la mano y dominar el pasaje en cuestión».

Es muy importante adquirir el gusto por lo que podríamos llamar el arte de la autosuperación. A la vez, es preciso integrarlo armónicamente en el propio proyecto personal y familiar. Cuando esto se vive de manera natural, va generando una actitud optimista y alegre; una visión de las cosas que no pone tanto el acento en lo que le falta, como en lo que ya tiene. Desde este *nuevo* punto de vista, subir de rango, ascender de puesto o acceder a una orquesta mejor no ha de significar necesariamente mejorar; a veces incluso se va a peor. No pocas veces, es mucho más profundo y enriquecedor a todos los niveles –personal, musical y

espiritual– trabajar con una orquesta modesta y voluntariosa, que con una muy prestigiosa, pero infectada por el virus de la rutina.

Del mismo modo, una mejora salarial no tiene por qué significar una mejora vital. Ésta es la gran asignatura de la vida. Esa que nos conviene aprobar cuanto antes, sin esperar a la *convocatoria* que tendrá lugar cuando estemos a punto de terminar nuestro caminar por esta tierra; ese momento en que nosotros mismos pesaremos nuestra vida en la balanza de la frustración o la realización.

Ahora es el momento de cambiar de rumbo y aprender que, como en la música, el final está al principio. Hemos ganado la carrera antes de comenzarla, si así lo queremos.



EL AUTOR



Íñigo Pirfano estudió la carrera de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Realizó los estudios de Dirección de Orquesta, Coro y Ópera en Austria y Alemania, con directores de la talla de Karl Kamper, Sir Colin Davis, Karl-Heinz Bloemeke y Kurt Masur. Ha actuado como director invitado en algunos de los teatros más importantes del mundo. Por su labor como fundador y director titular de la Orquesta Académica de Madrid, recibió el Premio Liderazgo Joven 2011 de la Fundación Rafael del Pino. Ha publicado un ensayo sobre estética (*Ebrietas. El Poder de la Belleza*) y varios libros e interviene habitualmente como ponente en algunos de los foros más importantes de España, como la Fundación Telefónica, el IESE Business School y la Fundación Rafael del Pino. Es conferencista invitado del IDE Business School y director invitado de la Orquesta Sinfónica de Guayaquil.

Capítulo 7 del libro "Inteligencia Musical" de Íñigo Pirfano, publicado por Plataforma Editorial y reproducido previa autorización del autor y de la editorial.